JOSEP CORBELLA

LA MARAVILLOSA HISTORIA DE TU CUERPO

LIBROS CÚPULA

LA MARAVILLOSA HISTORIA DE TU CUERPO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Josep Corbella
© de las ilustraciones de interior y cubierta: José Luis Merino
© de la traducción: Josep Escarré

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición: marzo de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2409-3

Depósito legal: B. 192-2018

Impreso en España– Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Josep Corbella

LA MARAVILLOSA HISTORIA DE TU CUERPO

LIBROS CÚPULA

DE TODO ESTO TE HABLARÉ

Venimos de África 9
El culo nos hizo humanos 13
Cómo empezó todo 17
¿Qué es el sexo? 21
Adaptarse o morir 23
Cuando vivíamos en los árboles 25
Criaturas incompletas 29
Cuerpo de hombre 31
Cuerpo de mujer 37
El animal que hace el amor 41
Juego de parejas 45
El animal que se enamora 49
¿Mickey o Voldemort? 53
Cooperar es mejor que pelearse 57
All together now! 61
Óvulos y espermatozoides 65
El tamaño del pene 69
De la boca al ano 71
Viaje de una galleta por el aparato digestivo 75
Tu microbiota 81
¡Tengo hambre! 83
Buscando el equilibrio 89
No me agobies, dijo el hígado 91
Cómo guardar el corazón en una maleta 95
Las maravillas de la sangre 97
Cien mil latidos al día 101
Una caja fuerte hecha de huesos 105
¿Con qué músculos respiras? 107
Peripecias de una molécula de oxígeno 111

Cómo tener la casa limpia 115
¡En marcha! 119
Un muñeco articulado 123
Huesos para crecer 127
¡Fuera del agua! 131
Un astronauta dentro de un huevo 135
Recuerdos del mar 141
¿Por qué no podemos volar? 143
El atlas dice sí, el axis dice no 145
Pies de hóbbit 149
Lo que tu piel dice de ti 153
Manos de artista 157
Lanzando piedras al agua 161
Ojos de león 165
Luz y sonido 169
Los colores del mundo 173
Vivir en la abundancia 177
Como Gollum con el anillo 181
¿A qué sabe la brisa marina? 185
¿En qué piensan los extraterrestres? 189
Neuronas y hormonas 193
Un cerebro grande y arrugado 197
¡Qué difícil es nacer! 201
Herramientas y lenguaje 205
Tu ADN y tu cultura 211
Respeto y tolerancia 215
Tu lugar en el universo 217
Tu cuerpo es tuyo 221

Venimos de África

La historia puede empezar, si quieres, en África, hace dos millones de años. Nuestros antepasados habían bajado de los árboles y habían empezado a caminar por el suelo. Moverse por el suelo no debía resultarles fácil. Imagínate por un momento que te dijera: «A partir de ahora, Nora, no podrás caminar, correr ni saltar por el suelo como siempre has hecho; a partir de ahora vivirás en los árboles». Y tal vez dirías: «Pero si no tengo el cuerpo de un mono, los brazos lo bastante largos ni puedo agarrarme a las ramas con los pies, ¿cómo voy a hacerlo?». A ellos debía ocurrirles lo mismo cuando tuvieron que bajar de los árboles al suelo. ¿Cómo se las arreglarían?

En el suelo había leones, hienas, leopardos… Animales de los que tendrían que huir. Y también gacelas y conejos, pequeños animales a los que quizás querrían perseguir. No tenían armas para defenderse y para cazar como la gente de hoy en día. Solo podían huir y perseguir. Jugar al pillapilla con los ani-

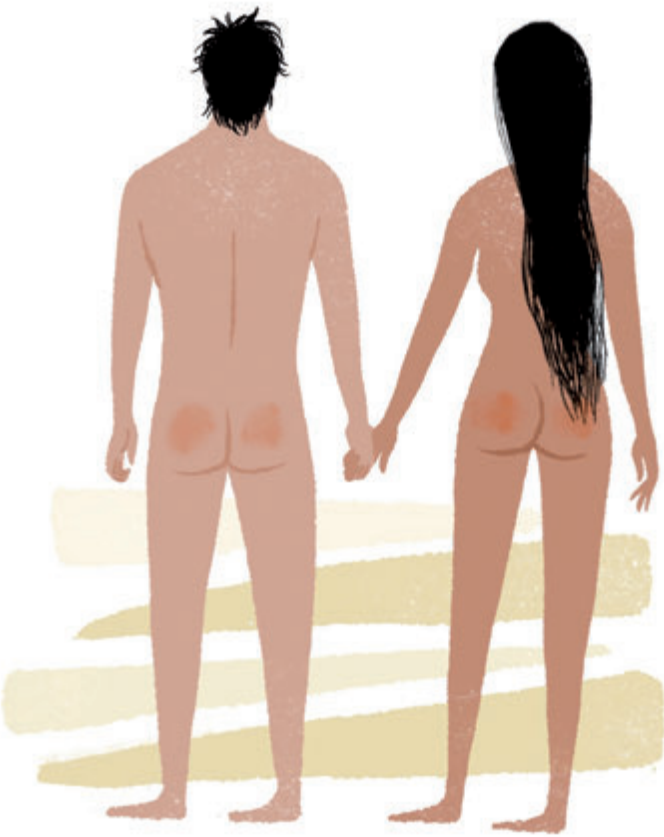
males de la sabana. Y trepar a un árbol para salvarse cuando no había más remedio. Un juego peligroso. Si tropezaban se los podía comer un león. Por suerte podían correr. Tuvieron que aprender a correr.

Así, corriendo, fue cómo apareció una de las partes más bonitas del cuerpo humano. Una parte que nos distingue del resto de los animales. Nosotros también somos animales, por supuesto. Comemos y respiramos como cualquier otro animal. Tenemos ojos, nariz, boca, orejas… Nacemos, crecemos, tenemos hijos, morimos, en todo esto somos iguales que otros animales. Pero somos especiales, tenemos cosas que nos hacen únicos. Son pocas, pero son importantes para nosotros. No podríamos vivir sin ellas. El culo, por ejemplo, es muy importante. No te rías. Apareció en África hace dos millones de años. Si te fijas, somos los únicos animales que tienen culo. Quiero decir los únicos que tenemos un culo así, bonito y redondo.

El culo nos hizo humanos

A mí me gustan los culos. A mamá también, lo sé porque me lo ha dicho. No cualquier culo, claro, como tampoco le gusta cualquier manzana. Tiene que ser una buena manzana para que le guste. En eso, tu madre y yo somos personas bastante normales.

En general, a los chicos nos gustan los culos de las chicas y a las chicas los culos de los chicos. Nos gusta mirarlos y nos gusta tocarlos, y nos gusta, quizás no que nos lo miren, pero a veces sí que nos lo toquen. Esto no es un defecto y tampoco una virtud. No eliges lo que te gusta y lo que no. Simplemente te gusta, no hay que darle más vueltas. No encontrarás muchas partes de nuestro cuerpo que nos gusten tanto a todos. La única que se me ocurre en este momento son los ojos. Y el cerebro, por supuesto, que es lo que más apreciamos en los demás, o lo que más nos disgusta. Pero el cerebro está escondido, no se



puede mirar y tocar como el culo. En cualquier caso, nuestra afición por el culo es bien merecida, porque ha sido muy importante en la historia de la humanidad. Si la naturaleza no hubiese inventado el culo hace dos millones de años, ahora no podría estar explicándote esta historia. Porque ni tú ni yo habríamos llegado a nacer.

¿Por qué es tan importante el culo?, te preguntarás. ¿Te acuerdas de cuando aprendiste a montar en bici? Primero aprendiste a montar en la bici de cuatro ruedas, que era más fácil. Y cuando te quitamos las dos ruedecillas empezaste a inclinarte hacia la derecha, hacia la izquierda y en alguna ocasión te inclinaste tanto que te caíste. Con cuatro ruedas te resultaba más

fácil mantener el equilibrio. Aunque no hicieras nada, la bici se mantenía en pie. Pero con dos ruedas hay que hacer un esfuerzo para no caerse. Nosotros, los humanos, somos como la bicicleta de dos ruedas. Nos movemos de una manera complicada. Estamos tan acostumbrados a hacerlo que no pensamos en ello y nos parece fácil. Pero fíjate en lo que les pasa a un perro o a un gato cuando intentan sostenerse sobre las patas traseras. Se pueden mantener en pie dos o tres segundos y después se vuelven a caer. Siempre se vuelven a caer. Nosotros no nos caemos. Y no solo porque sabemos mantenernos de pie sobre dos piernas. También sabemos andar, apoyándonos a cada paso sobre una sola pierna, primero una, luego la otra, pero una sola pierna a cada instante. Incluso sabemos correr de una forma en que hay momentos en que no tocamos el suelo con ninguna de las dos piernas. Y todo esto sin perder el equilibrio. Si montáramos un circo entre todos los animales, nosotros seríamos los funambulistas. El elefante anunciaría con la trompa: «¡Y ahora, más difícil todavía, el prodigioso equilibrio de los humanos! ¡Hay que verlo para creerlo!». Y los pingüinos, que saben mantenerse en pie pero no saben correr, nos aplaudirían con las alas.

Para poder correr sin caerse, la naturaleza tuvo que hacerle algunos retoques a nuestro cuerpo. Tuvo que cambiarle algunas piezas. Si intentáramos correr con el cuerpo de un mono, el tronco y la cabeza empezarían a moverse sin control, los brazos se agitarían como un ventilador y acabaríamos cayéndonos igual que tú cuando aprendías a montar en la bici de dos ruedas. Entonces, en el circo, nos abuchearían, porque a los otros animales les pareceríamos de lo más ridículos. Para conseguir mantener el tronco y la cabeza estables y poder correr sin caernos, la naturaleza nos dio unos músculos especiales para estabilizarnos. Los más grandes, los que más nos estabilizan, son los del culo. Son tan grandes, en comparación con los de otros

animales, que los científicos los llaman *gluteus maximus*. Que significa glúteo máximo. Porque en cuestión de glúteos nadie nos gana. Si en lugar de un circo organizáramos un campeonato, ganaríamos la medalla de oro de los culos.

Puedes comprobar tú misma lo importante que es el culo. Ponte de pie con una mano en cada glúteo y empieza a caminar despacio. Notarás cómo en cada paso se tensan un poco, primero uno, luego el otro. Camina un poco más deprisa y notarás que se tensan más. Cuando empieces a correr se te tensarán tanto que notarás que se endurecen. Es cuando corres que los glúteos trabajan de verdad. Cuando caminamos nos ayudan. Pero la naturaleza los inventó sobre todo para no perder el equilibrio cuando corremos. Nos ha dado un cuerpo diseñado para correr.

Por eso a todo el mundo le gusta correr. No conozco a nadie que pueda decir: «A mí nunca me ha gustado correr». Hay personas que un día dejaron de correr. Personas que estaban ocupadas en otras cosas, o que estaban cansadas, y que se sentaron en una silla para trabajar o en un sofá para descansar. Y luego les dio una pereza infinita volverse a levantar y nunca más volvieron a correr. O puede que un día se lesionaran y ahora ya no corren. Pero cuando eran pequeñas, incluso estas personas jugaban al pillapilla, al escondite, a ir detrás de una pelota para darle patadas… Todos hemos jugado a correr cuando éramos niños.

Cómo empezó todo

Antes te he dicho que la historia podía empezar en África hace dos millones de años. Es un buen momento para empezar, porque fue en esta época cuando nacieron los primeros humanos. Antes no había personas en el mundo. No quiero decir que no hubiera nadie; había otros animales. Pero aún no había nacido el primer ser humano.

En realidad, nuestra historia había empezado antes. Mucho antes. Poco después de que se formaran el Sol, la Tierra y la Luna. Cuando aparecieron los primeros seres vivos. De eso hace unos cuatro mil millones de años. Hace tanto tiempo que cuesta imaginárselo. La Tierra era muy distinta de cómo es ahora. Giraba tan rápido que los días no duraban más de diez horas. Aún no había ninguna planta ni ningún animal, y el cielo aún no era azul. Era más bien naranja, como ahora el cielo de Marte. Aún no había oxígeno en la atmósfera, y tú y yo nos

habríamos asfixiado. En aquella época no habríamos podido vivir en la Tierra.

Los primeros seres vivos debían ser muy diferentes de nosotros para poder vivir en un planeta tan inhóspito. Eran minúsculos. Tan pequeños que te haría falta un microscopio para poder verlos. Vivían en el mar, que no era tan salado como ahora. Y tenían una sola célula. Nosotros también estamos formados por células. En nuestro cuerpo tenemos unos 40 billones. Tenemos células que laten en el corazón, células en el cerebro para pensar y para tener sentimientos, células que nos protegen en la piel… Centenares de tipos de células diferentes para realizar tareas di-

ferentes. Los primeros seres vivos que aparecieron en la Tierra solo tenían una. Una sola célula para realizar todas las tareas.

Pero aunque nos parezcan muy distintos a nosotros, tenemos muchas cosas en común con aquellos primeros seres vivos. Ellos y nosotros somos parientes. Pertenecemos a la misma familia. En realidad, son nuestros antepasados. Todas las células de nuestro cuerpo provienen de hijas de sus hijas.